

Horacio González

Toda lucha es de ideas

Horacio González

Director de la Biblioteca Nacional.
Investigador y Docente,
Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires

El debate del 2009 tuvo una alta proyección en el difuso cuerpo de las ideologías contemporáneas y agitó las corrientes intelectuales. En verdad, las reconstituyó como nuevas. Todo sector de intereses quiso tener una "proyección intelectual", por forzada que fuese. No se trababa, sin embargo, de proyecciones sino de formas constitutivas de lo político renovado. Una vez más se demostraba que no hay política y antagonismo sin que las posiciones adquieran validación y rostro intelectual.

Y esto es así cualquiera sea la opinión de los grupos en disputa sobre la condición intelectual, sus proyecciones y lenguajes. En verdad, no es tanto que haya intelectuales con su biografía y obras bien delimitadas, sino que hay problemas de cuño y razón intelectual. Estos condensan las máximas tensiones en una sociedad. Es así que podemos identificar lo ocurrido en los últimos dos años como un cuadro de diferendos sobre la relación campo-ciudad (más clásico imposible) y las fracturas de cada uno en nombre de fuerzas hegemónicas de cada ámbito (también, extremadamente reconocible como problema histórico).

Sobre este paisaje era necesario entrever la emergencia de nuevas formas productivas en el agro, con potencialidad dirigida a generar nuevos sectores sociales, inesperados atributos de conciencia política cercanas a un jacobinismo de derecha, hipótesis de interpretación de las empresas comunicacionales en torno a la emergencia de estas novedades, tanteos para asociar los eventos a los horizontes heredados de confrontaciones anteriores -oligarquía, federalismo, centralismo, elites agrarias, bloque histórico reaccionario, nueva derecha, etc.

Los temas que acompañaron el desarrollo de la historia nacional, siempre presentes, volvían esta vez en un manajo inescindible de controversias. La sociedad argentina se partió en segmentos y cada segmento a la vez se bifurcó en otra tantas direcciones. Embutida en la lógica del sector agropecuario, con su reclamo secesionista, se mantenía latente la cuestión mediática y la cuestión sindical, todo ello bajo el gran cuadro de época de la construcción de una nación nueva, con nuevos procesos de conocimiento colectivo, gestión de la cosa pública y cánones de justicia renovados. La más cruda lucha económica de las últimas décadas no podía dejar de entrelazarse con las dimensiones culturales y las dialécticas de la conciencia utópica.

Sería fácil decir que todo ello compone una nueva hipótesis de representación social. Ciertamente es, pero más allá de eso, estamos ante un debate de auto-reconocimiento. Por lo que las nuevas fuerzas sociales y políticas deben ser a la vez fuerzas intelectuales, sin lo cual no se realiza ese autoreconocimiento. Todo acto en que los sujetos colectivos buscan su voz -la busca el gobierno, los partidos políticos, los emergentes sociales-, puede ser calificado de un suceso de naturaleza intelectual. Por eso, el tejido intelectual de los alcances históricos, es inseparable de las luchas políticas. No son un agregado, sino que las conforman esencialmente, dependiendo de la lucidez de cada momento que esta situación se haga pública y tome estado de conciencia colectiva, o quede subyaciendo en los pliegues tácitos de los desacuerdos. Mejor lo primero, y sin duda eso es lo que sucedió. De esta trabazón de ideas surgirá

el nuevo plasma de la imaginación pública con poder asociativo y capacidad de congregar voluntades, ideas e impulsos emancipadores.